

ARQUEOLOGÍA, REPRESENTACIÓN Y PATRIMONIO: Las “otras historias” de Cubagua y Nueva Cádiz

Carlos Suárez

Fecha de entrega: 25 de noviembre de 2013

Fecha de aceptación: 10 de diciembre de 2013

Resumen

La isla de Cubagua y la antigua ciudad de Nueva Cádiz han jugado un papel de no poca importancia en la historia venezolana y en la producción arqueológica de nuestro país. La historiografía oficial, basada en la recepción de datos de los documentos y registros coloniales, ha generado una visión muy específica del pasado que se evidencia en la producción y reproducción de discursos que engrandecen eventos políticos y militares, típicos de los modelos de la historia positivista de finales del siglo XIX. En este artículo ahondamos en los elementos que han propiciado el mantenimiento de las dicotomías (pasado/ presente, historia/ prehistoria) que alteran la percepción del patrimonio y distorsionan la mirada sobre los otros actores, las otras acciones y las otras historias de nuestro pasado aborigen y colonial que la arqueología, la literatura y otras formas de representación han rescatado.

Palabras clave: Cubagua, Nueva Cádiz, arqueología, historia, representación.

Abstract

Cubagua Island and the ancient city of Nueva Cádiz played a not unimportant role in Venezuelan history and archaeological production of our country. The official historiography, based on the receipt of data from documents and colonial records, has generated a very specific vision of the past, evident in the production and reproduction of discourses vaunting political and military actions, elements of the positivist history. In this article we delve into the elements that have led to the maintenance of the dichotomies (past/ present, history/ pre-history) that alter the perception of heritage and distort the look of the other actors, other actions and other stories of our indigenous and colonial past that archeology, literature and other forms of representation have been rescued.

Keywords: Cubagua, Nueva Cádiz, archaeology, history, representation.

Introducción

Se dice que el Viejo Mundo inventó al Nuevo. Europa imaginó América como el paraíso terrenal y volcó en ella todas las esperanzas de encontrar una tierra virgen, un espacio que no tuviera las marcas dejadas por siglos de guerra, conquista y explotación del hombre y la naturaleza. Para los conquistadores, fue fácil encontrar en el Nuevo Mundo algo que ya sabían que encontrarían, un mundo que ya habían diseñado para sí mismos: aventura, peligro, riquezas, fama y gloria eterna. Pero la invención de América continúa en el presente, y no es llevada a cabo precisamente por Europa. Los americanos hemos recreado y reinventado nuestro legado, nuestros territorios y los recuerdos del turbulento pasado para delinear la comprensión de un presente no menos complejo. Al representar en el presente el pasado, recreamos partes de una historia mutilada, en la que elaboramos un guion moderno de actuaciones positivas y negativas que moldean el recuerdo y la identidad. Del valor y la resistencia indígena a la osadía e ingenio del conquistador, tomamos partes de *otros* para reconstruir un *nosotros* moderno que contiene lo "mejor" de dos mundos separados por el tiempo, pero que coinciden en un mismo lugar, en la actuación y los discursos del presente.

La isla de Cubagua representa el comienzo de este juego de memorias. Fue el inicio de la conquista, pero también de la resistencia. Fue el primer experimento de explotación de los recursos y de la fuerza de los americanos. Cubagua ha servido como un marcador cronológico, el inicio de la "historia" de nuestros pueblos. Por ello, también se convierte en un espacio ideal para comprender la construcción de la identidad nacional, una representación basada en esas partes de la historia que "debemos" recordar.

Cubagua y sus representaciones en la arqueología venezolana

Cubagua es parte de una cadena de islas continentales que incluye a Coche y Margarita. 11.000 años antes del presente, sus costas se vieron afectadas por el aumento del nivel del mar experimentado hacia finales del Pleistoceno, como consecuencia del calentamiento del planeta que produjo el derretimiento de los polos. Los cambios climáticos producidos por estos eventos tuvieron consecuencias muy marcadas en la vida de las poblaciones aborígenes del noreste de Venezuela (Sanoja y Vargas, 1999: 143-147). Quizás la primera consecuencia importante fue la alteración de los procesos migratorios experimentados desde el continente y hacia el arco antillano, y viceversa, una dinámica que delineó los procesos culturales del mundo prehispanico caribeño.

La isla fue ocupada desde, al menos, mediados del segundo milenio a.C., de acuerdo con las periodizaciones y dataciones obtenidas a partir de los yacimientos y materiales arqueológicos encontrados en sus playas

(Cruxent y Rouse, 1982; Sanoja y Vargas, 1999, 1995). Sus habitantes fueron cazadores y recolectores marinos que aprovecharon los recursos costeros, la pesca y el intercambio comercial con habitantes de otros puntos del Caribe y tierra firme.

En 1940 se organiza la primera investigación venezolana sobre la isla de Cubagua. Los profesores Pablo Vila e Icilio Crisci lideraron una expedición compuesta por estudiantes del Instituto Pedagógico de Caracas, cuyo principal interés residía en la exploración de las ruinas de la antigua ciudad de Nueva Cádiz. A partir de esta experiencia, también se inicia la interpretación sobre el pasado de la isla, generando las primeras hipótesis acerca de qué ocurrió con la primera ciudad de Venezuela (Cruxent y Rouse, 1982: 90). Vila se planteó esta problemática, y dedujo que la ciudad debió ser víctima de un huracán, terremoto, o la combinación de dos o más variables en el orden de una catástrofe natural, como explicación para su abandono.

La publicación en 1948 del informe de Vila, con sus hipótesis acerca del sorpresivo final de la primera colonia española en nuestros territorios, despertó el interés de numerosos investigadores que decidieron sumarse al estudio histórico de las ruinas de Nueva Cádiz. En 1950, Miguel Acosta Saignes lideró una comisión científica de la Universidad Central de Venezuela, que contó con la participación de José Antonio de Armas Chitty y Jesús Mata de Gregorio, con el propósito de ahondar en las hipótesis acerca del destino que sufrió la antigua colonia (Cruxent y Rouse, 1982: 90).

El interés por la isla, centrado en las ruinas de Nueva Cádiz, siguió atrayendo a diversos investigadores durante la década de 1950, años en los que el estudio histórico y arqueológico del lugar vivió su etapa de mayor esplendor.

En 1954, José María Cruxent y John Goggin visitaron por primera vez Nueva Cádiz, principalmente interesados en recolectar alfarería y otras muestras materiales de la ocupación europea de la colonia. Goggin necesitaba materiales cerámicos, especialmente mayólica española, para su estudio sobre este tipo de restos culturales en el Nuevo Mundo. El material obtenido le permitió incluir a Cubagua en su compendio sobre la mayólica en América durante el período de expansión colonial española (1968: 42-47). Los intereses iniciales de Cruxent no eran muy distantes, pero mientras el investigador estadounidense excavaba las ruinas de la ciudad entre 1954 y 1955, Cruxent exploró el resto de la isla, reportando entre 1954 y 1957 varios sitios de ocupación indígena, concheros y evidencias de la vida de aquellos

que residieron en Cubagua antes de la llegada de los conquistadores europeos.

Sin embargo, el interés por la vida prehispánica en Cubagua se remonta a varias décadas atrás. Entre 1915 y 1916, el arqueólogo estadounidense de origen neerlandés, Theodoor De Booy, residió en la isla de Margarita mientras realizaba sus investigaciones acerca del pasado aborigen de las sociedades antillanas y caribeñas. Pionero en el estudio de las sociedades Arawak, De Booy pronto se dio cuenta de que sus investigaciones acerca de la vida prehispánica en Margarita no podían llevarse a cabo de manera aislada, pues su ocupación, prehispánica y europea, estaba estrechamente ligada a los procesos culturales vividos en Cubagua (De Booy, 1916: 4-8). Margarita comenzó a ser ocupada durante las primeras décadas del siglo XVI como consecuencia de la rápida desaparición de las perlas, fuente de la riqueza buscada con afán por los aventureros españoles, y bajo la esperanza de encontrar yacimientos perlíferos vírgenes en la vecina y mayor isla. Del mismo modo, De Booy se dio cuenta de que Cubagua estaba inserta en los procesos de ocupación y expansión de las sociedades aborígenes desde el territorio continental y hacia las Antillas.

Sobre este pasado prehispánico de Cubagua no habría nuevas referencias hasta 1958, cuando Cruxent se juntó con Irving Rouse para publicar una obra que sigue siendo en el presente la máxima referencia acerca de la arqueología venezolana: *Arqueología cronológica de Venezuela*. En ella, los autores dedican la sección "Islas" a los resultados de sus excavaciones en locaciones como Cubagua, en donde definen dos complejos (Cubagua y Punta Gorda) y dos estilos cerámicos (Nueva Cádiz y Obispos) (Cruxent y Rouse, 1982: 88-116). La alfarería, la lítica y la concha de Cubagua configuran una nueva versión del pasado de la isla, aunque Cruxent y Rouse no van mucho más allá del valor de la evidencia material y las periodizaciones que se desprenden de ellas para construir sus tablas cronológicas. Sin embargo, los autores destacan por advertir a la arqueología venezolana que Cubagua es más que Nueva Cádiz, que el patrimonio nacional va más allá de los muros derruidos de la vieja ciudad, y que nuestra historia se remonta a períodos anteriores a las aventuras de aquellos que se proclamaron descubridores, conquistadores y dueños de nuestra América.

Las décadas que siguieron a la publicación de *Arqueología cronológica de Venezuela* marcaron una nueva etapa de las investigaciones sobre Cubagua. De la prospección y excavación arqueológica se pasó a una

visión de rescate del patrimonio nacional, representado principalmente por las ruinas de Nueva Cádiz. Mientras las perspectivas del estudio “histórico” arqueológico dominaban este interés patrimonial, dejando los sitios prehispanicos de la isla como una especie de “valor agregado”, otras perspectivas comenzaban a tomar forma, para sumarse a la interpretación de los sucesos que marcaron el particular desarrollo social, cultural, económico e histórico de Cubagua en la construcción de la identidad nacional.

La percepción del patrimonio: de los modelos de la arqueología histórica a la arqueología del capitalismo

Mientras Cruxent y Goggin excavaban entre los restos de Nueva Cádiz, un hallazgo llamó la atención de Venezuela hacia aquella isla de escasos 24 km². En el portal de una de las casas en ruinas, encontraron una vasija llena de perlas. Cruxent reportó el descubrimiento de aquellas perlas en mal estado, ocultas por más de 400 años. El hallazgo generó gran publicidad, y el propio Cruxent reconoció poco después que el financiamiento gubernamental recibido para continuar las excavaciones en Cubagua se debió en gran medida a estos tesoros de nácar (Cruxent y Rouse, 1982:90).

El resurgimiento de las perlas de Cubagua encendió la imaginación y el recuerdo nacional. La isla volvió a ser un lugar misterioso con tesoros ocultos en un pasado no tan lejano, bajo circunstancias aún desconocidas, y que seguían alimentando las hipótesis acerca del destino sufrido por la vieja colonia de Nueva Cádiz. El reencuentro con esta riqueza marina que alguna vez motivó el recibimiento del título de “ciudad”, mediante la Real Cédula conferida por Carlos V en 1528, despertó algo en el presente. ¿Pero qué despertó? ¿El reconocimiento de un legado patrimonial o la misma ansia de tesoros escondidos que trajo como consecuencia la explotación de nuestros recursos y la muerte de los pueblos aborígenes? De coincidir con la segunda proposición, no estaremos muy lejos de las bases de dos problemas centrales que se desprenden de Cubagua: el primero, la concepción de la isla como un espacio para la dualidad, una dicotomía entre una “historia” de Nueva Cádiz y la “prehistoria” cubagüense; la segunda, el problema de la identificación del patrimonio, de concebir como legado un escudo de armas o unos muros de piedra y cal, y no un par de gubias de concha o un afilador lítico.

El comienzo del siglo XVI supuso para los territorios americanos la inserción, paulatina y destructiva, de una visión de mercado y un aparato económico concebido por una pujante y nueva clase social, la de los comerciantes y mercaderes europeos, ansiosos por encontrar y usar los recursos del Nuevo Mundo para alimentar la incipiente maquinaria capitalista del oeste de Europa. La acumulación de capitales que experimentaron los reinos europeos desde el siglo XIV, con las ideas renacentistas como parte de su cuerpo filosófico, encontró su punto más álgido con la era de la exploración y el descubrimiento del resto del globo.

De esta manera, Cubagua, y cualquier otro lugar al que arribaron las naves europeas, se convirtió en un emplazamiento experimental, un laboratorio de pruebas, en el que se dieron los pasos iniciales para la conquista de América. Antes del oro de México y la plata del Perú, las perlas de las costas cubaguenses fueron la primera razón para el sometimiento, esclavitud y muerte de nuestros pueblos. Así, los procesos iniciales de mercantilismo, industria y producción derivaron en la maduración de la etapa temprana del capitalismo moderno, dirigido por una ya consolidada burguesía compuesta por comerciantes y mercaderes, acumuladores de capital y dueños de fortunas que vieron en América una oportunidad para los negocios. La introducción en nuestros territorios de los modelos económicos y productivos europeos fue el catalizador de las transformaciones que le siguieron, y que cambiaron para siempre la faz de América.

La arqueología venezolana está al tanto de tales procesos, y de la necesidad de contar con un cuerpo teórico que permita interpretar las relaciones y transformaciones que dieron lugar al paso de la organización social aborígen hacia la edificación de ciudades, economías sustentadas en base a la disciplina mercantil y la producción de excedentes. Realizar estas interpretaciones en base a modelos teóricos que no contemplan las particularidades de los procesos culturales e históricos que moldearon nuestra nación sería atender contra ese pasado, y propiciar la construcción de los discursos oficiales que privilegian aquellos elementos que justifican el estatus, el poder adquisitivo y la dominación ejercida de unos sobre otros, usando retazos de historia para destacar las características perniciosas que ameritan su sometimiento.

El uso político del pasado es una práctica que ha sido tan común en Venezuela como en cualquier otra parte del mundo. Es una estrategia de los sistemas hegemónicos para perpetuar su presencia autoritaria en

el presente, valiéndose de la “herencia” de figuras, sucesos y discursos de tiempos pasados, creando una línea sucesoria de eventos y héroes ancestrales cuyas virtudes se hacen visibles en sus representantes modernos. En distintos momentos puede recurrirse a un mismo contexto pasado, a una serie de actores sociales y hechos tecnológicos, económicos, culturales o militares para resaltar la valentía, el honor, o por el contrario, la antipatía, la mentira y otros rasgos negativos para justificar o interpretar situaciones contemporáneas. El pasado sirve, entonces, a los intereses a los que se necesite adecuar los discursos políticos de la sociedad moderna.

Diversos son los mecanismos utilizados para perpetuar estos discursos. La historia oficial se convierte en modelo, una receta cronológica repartida en los ejes de distribución, como escuelas y centros de formación, a los que se acude para “educarse” con respecto a una temática. Posteriormente, la academia titula expertos en la materia, convirtiéndolos en un nuevo elemento de difusión de las ideas que ya han pasado de generación en generación antes y que pretenden continuar en el futuro.

De la misma forma, Cubagua ha sido muchas cosas y ha servido a distintos intereses. Diversos pasajes de su historia han servido para recrear y ejemplificar valores y actuaciones del presente. De la osadía de los exploradores castellanos pioneros, fundadores de la primera ciudad de Venezuela, se pasa a la avaricia de los usurpadores de riquezas que explotaron los recursos del Nuevo Mundo para nutrir las arcas del Imperio de Carlos V. Dos acciones que se desprenden de un mismo protagonista, que puede además servir como espejo del pasado hacia el presente. Igualmente, nuestros historiadores pueden pasar de resaltar la bravura de nuestros antepasados indígenas al recurrir a los actos de resistencia directa de la ocupación europea de sus tierras, a restar importancia a su legado, utilizando términos negativos como la flojera e indisciplina para explicar actitudes de los ciudadanos del presente como herencia del mestizaje.

La atribución de caracteres y actitudes del pasado como inspiración para el presente ha tenido diversas expresiones en nuestra historia y en la política nacional. En el culto a la memoria encontramos aliados y enemigos en cualquiera de los bandos, de acuerdo con las preguntas a las cuales se desee responder. Bajo situaciones política o socialmente apremiantes, se recurre a los héroes y hazañas del pasado para recordar la valía que corre por las venas de sus herederos, un nosotros en el ahora.

Cubagua, vista desde distintos ángulos, sirve como espacio para glorificar o descalificar diversos aspectos de la historia nacional: la Cubagua de los aventureros españoles, la de la resistencia de los pueblos del Caribe, la primera conquista, la primera ciudad de Venezuela, la primera muestra de las consecuencias de la inserción del sistema económico que devoró los recursos del Viejo Mundo y que ahora venía por el nuestro. Para muchos, también es vista como el inicio de la "historia", desde ciertas perspectivas teóricas hoy muy discutibles en su aplicabilidad para ciertos contextos culturales, como los latinoamericanos (Gilchrist, 2005: 329), y concentrados en las premisas de la arqueología histórica, premisas que han convertido a la isla de Cubagua en un espacio para las diferencias.

Aunque la terminología de la arqueología histórica sólo sea usada como conveniencia académica, las consecuencias de su continuidad se materializan de diversas maneras: se convierte en una denominación confusa que califica como "histórico" a cualquier contexto arqueológico contemporáneo o posterior a la llegada de los europeos, y aunque los contextos anteriores a tales eventos se denominen *prehispánicos*, muchos podrían preguntarse si este último término también implica una negación de la historicidad de los pueblos aborígenes.

Los orígenes de la arqueología histórica como área de estudio se remontan a la Norteamérica de la década de 1960 del siglo pasado. Para ese entonces, el *Procesualismo* entraba en su apogeo, y la escena arqueológica era dominada por la escuela de Lewis Binford. La especialización intensiva impulsada por los alumnos de Binford y el surgimiento de la arqueología del comportamiento de Michael Brian Schiffer eran parte de un escenario gobernado por el deseo del cientificismo. La cercanía del bicentenario de la independencia estadounidense supuso un aumento en el número de investigaciones en diversas áreas, centradas en la reconstrucción y análisis de personajes y lugares asociados a la revolución. La arqueología no estuvo exenta de esta ola, por lo que creció considerablemente la cantidad de estudios arqueológicos hechos en contextos del siglo XVIII y XIX a partir de 1967 (Wilkie, 2005: 340).

La idea de una arqueología histórica comenzó a tomar forma en la Reunión de los Estados Centrales de la Asociación de Antropología Americana, llevada a cabo en St. Luis, en 1965. En esa reunión, Arnold Pilling, Edward Jelks, Edward Larrabee, Stanley South, Jhon Cotter y

algunos otros académicos mostraron su interés en la formación de una sociedad dedicada a la arqueología histórica. ¿Cuál era el objetivo de esta sociedad? En la constitución aprobada en 1968, redactada por Vincent Foley, Edward Jelks, John Cotter, Edward Larrabee y Stanley South, el artículo II establece:

La sociedad para la arqueología histórica deberá ser una organización educacional para la promoción de la investigación académica, y para la disseminación del conocimiento concerniente a la arqueología histórica; para el intercambio de información en este campo; para llevar a cabo conferencias periódicas para discutir problemas de interés mutuo asociado al estudio de la arqueología histórica; y para obtener la cooperación de las disciplinas preocupadas por proyectos de investigación. El foco deberá ser la era desde el comienzo de la exploración de las partes no europeas del mundo por parte de los europeos, con interés primordial en el hemisferio occidental. Adicionalmente, la sociedad también se involucrará con la arqueología de Europa, Oceanía, África y Asia, habiendo definido problemas académicos en el hemisferio occidental (p. 131).

La exclusividad y especificación de los contextos que son objeto de estudio de esta perspectiva arqueológica va incluso más allá, al exigir del propio arqueólogo ciertas condiciones muy particulares para dedicarse al estudio histórico: *“para tener éxito, sin embargo, aquellos que trabajen en esto deben considerarse a sí mismos no como antropólogos, ni como arqueólogos, sino como arqueólogos históricos”* (Walker, 1967: 33).

La tradición histórica en la arqueología no está exenta de curiosidades. Resulta paradójico que el mayor defensor de la propuesta de la arqueología histórica y principal impulsor de la conformación de una sociedad dedicada exclusivamente al estudio de contextos a partir del siglo XVI se destacara en sus primeros años académicos como un especialista de la arqueología prehistórica estadounidense. Esto llama la atención si se considera el escenario vivido un par de décadas después, cuando la arqueología estadounidense comenzó a experimentar la separación y el auge de la rivalidad provocada por la división arbitraria entre historia y prehistoria (Wilkie, 2005: 340). El punto de inflexión, tanto para Cotter como para la posterior idea de una arqueología histórica, sería encargarse del Proyecto de Campo de Jamestown, Virginia, iniciado en 1954, motivado por la cercanía del 350 aniversario de la ciudad que se cumpliría en 1957. Jamestown se

convirtió en un ejemplo de investigación en un contexto histórico para Cotter y sus colaboradores, debido a que se trataba de la reconstrucción del pasado de la primera colonia inglesa en territorio estadounidense. El producto de esta investigación fue un reporte publicado en 1958 titulado *Excavaciones en Jamestown* (Roberts, 1999: 35).

En Venezuela, la cercanía de nuestro propio bicentenario también sirvió de impulso para que los estudios históricos arqueológicos ocuparan un lugar de privilegio en el financiamiento institucional y gubernamental, motivando el estudio de contextos arqueológicos venezolanos ligados a los procesos republicanos e independentistas de nuestra nación. De esta manera, nuestros investigadores mostraron un interés renovado en la arqueología de Caracas y de locaciones específicas que jugaron un papel de primer orden en los esfuerzos políticos, militares y sociales de la consecución de la independencia.

Los arqueólogos venezolanos, como antropólogos, debemos recordar la naturaleza crítica de nuestra disciplina, y los basamentos filosóficos que nos mantienen alerta ante los riesgos terminológicos. El auge de los estudios sobre contextos republicanos no debería implicar sólo un impulso cuantitativo en la producción de investigaciones, trabajos y proyectos de investigación; también debería suponer una evaluación cualitativa de esa producción. Por ello, evaluar las ventajas y desventajas de una perspectiva arqueológica que se titula como "histórica" también debería ser un objetivo prioritario de la arqueología venezolana cercana al bicentenario de la nación. Esta empresa no supondría romper los moldes de la arqueología latinoamericana, pues en el Caribe ya se ha vivido esta experiencia.

En Cuba, desde 1937, con la fundación de la Comisión Nacional de Arqueología, se ha debatido con respecto a la definición del área de estudio y el nombre que debe utilizarse para referirse a estos proyectos. Inicialmente, se propuso la denominación *Arqueología Colonial*, para referirse al estudio del período comprendido entre el descubrimiento de la isla y el cese de la dominación española (Hernández de Lara, 2010: 76). A partir de la década de 1960, con la instauración de sociedades de arqueología histórica en distintas partes del globo, se comenzó a discutir en Cuba sobre la validez del término *colonial*, y los arqueólogos se dividieron en torno a la terminología adecuada para estos estudios.

A partir de 1989 comenzó a utilizarse el término *Arqueología Histórica*, lo cual fue ampliamente cuestionado hasta que ese mismo año, en el Taller Nacional de Arqueología celebrado en la ciudad de Holguín, se decidió que la denominación oficial para estas investigaciones en la isla sería *Arqueología de la etapa colonial* (2010: 76). Estas experiencias de la arqueología cubana podrían ser un ejemplo que nos conduzca a cuestionar los parámetros teóricos establecidos, y a proponer terminologías acordes con las particularidades de los procesos sociales, económicos y culturales que han configurado a nuestra nación desde el período de conquista y hasta el presente.

Esta necesidad de cambio de rumbo ya ha dado pasos importantes en nuestra arqueología. La obra de Mario Sanoja e Iraidá Vargas ha sido parte, desde comienzos de la década de 1970 con el surgimiento de la *Arqueología Social Latinoamericana*, del cuestionamiento hacia el préstamo de modelos teóricos que no contemplan las verdaderas implicaciones de la producción de conocimiento de nuestros pueblos (Navarrete, 2007). Los trabajos de Sanoja y Vargas en contextos coloniales y republicanos de nuestro país han permitido delinear las bases de una *arqueología del capitalismo*. Esta arqueología se concentra en la implantación de los sistemas coloniales en América Latina, así como en las consecuencias sociales, económicas, políticas y tecnológicas que repercutieron en nuestra tierra y transformaron los procesos culturales aborígenes en un *Modo de Vida Capitalista* (Sanoja y Vargas, 2005: 13-16). De esta manera, nuestros investigadores pueden contar con una perspectiva analítica para generar un marco interpretativo sobre los actores y los eventos que ocuparon un lugar en la vida colonial venezolana. Como lo expresan Sanoja y Vargas: “La arqueología del capitalismo, entendida de esta manera, proporciona la posibilidad de ahondar en los procesos históricos de una forma que las fuentes escritas solas no podrían hacerlo...” (2005: 9).

Esta visión tampoco es ajena a la arqueología del mundo occidental, pues desde hace varias décadas numerosos arqueólogos han experimentado con alternativas para la arqueología histórica como marco teórico de referencia en la interpretación del mundo colonial (Leone 1999; Johnson 1996, 1999; Orser 1999).

La Cubagua de Enrique Bernardo Núñez y el reto a la historia oficial: el rescate de los héroes sin historia del pasado venezolano

1931 fue un año de gran importancia para la literatura venezolana. Aunque en pocas ocasiones se le recuerde, la novela *Cubagua* de Enrique Bernardo Núñez, publicada en el citado año, se convierte en una de las piezas literarias más importantes de las letras hispanoamericanas, adelantada en su época e innovadora desde numerosas perspectivas. *Cubagua* se convierte en un nuevo paso para representar el pasado venezolano, que se distancia de la *Venezuela heroica* (1881) de Eduardo Blanco y de *Las lanzas coloradas* (1931) de Arturo Úslar Pietri. Hasta entonces, la historia venezolana había sido plasmada en los libros siguiendo el modelo que caracteriza a la historia oficial: relatos que rememoran las grandes hazañas militares y los sucesos políticos de mayor relevancia en los esfuerzos patriotas por librarnos del yugo de Europa, en especial del decadente Imperio español. Los historiadores y académicos venezolanos de finales del siglo XIX y comienzos del XX, se esforzaron por seguir estos modelos, reconstruyendo las grandes batallas del período republicano y enaltecendo el legado de los próceres de la independencia: héroes que derramaron su sangre en el pasado y que en el presente son recordados por su sacrificio, por sus esfuerzos en la construcción de la nación.

Núñez plantea en *Cubagua* una nueva historia, "otra historia", la de otros actores sociales, cuyas acciones son de relevancia para la interpretación y representación de nuestro pasado, pero que son dejadas atrás por el recuento de batallas y tratados políticos. La novela de Núñez es un relato de ficción que juega con los tiempos narrativos, que mezcla eventos históricos y personajes que experimentan una dualidad entre las vivencias de los actores reales del siglo XVI y sus pares del siglo XX.

El personaje de Arimuy destaca en la obra. Arimuy aparece en el presente de la novela, pero comparte la dualidad temporal del relato del autor con los líderes de la insurrección de 1520, que movilizó a más de un centenar de guerreros indígenas de Cumaná y de otros puntos de la costa oriental venezolana para expulsar a los colonos europeos (Cruxent, 1972: 33). Esta insurrección logró su cometido, pero posteriormente la isla fue ocupada de nuevo por los españoles, que mantendrían sus campamentos en ella hasta 1528, cuando Nueva Cádiz se convierte en ciudad por órdenes de Carlos V. Núñez diseña el personaje de Arimuy como representante de "... los defensores de la tierra" (1987: 35), recordando a los historiadores de su tiempo

que el legado de los pueblos aborígenes también merece un espacio en la memoria y en la reconstrucción de los eventos que forjaron a la nación.

Fray Dionisio, otro de los personajes de *Cubagua*, juega un papel trascendental en el desarrollo del relato. El fraile es un conocedor de la historia indígena, y aunque no es un historiador académico, conoce los escritos y documentos sobre el pasado de la isla, mostrando una gran afinidad con los pueblos aborígenes, de los cuales se vuelve defensor. Fray Dionisio emula a los clérigos que llegaron al Nuevo Mundo con el propósito de evangelizar, una tarea que luego se trastorna, entre las ansias de riqueza, posición, poder y crueldad de las estrategias colonizadoras. Sin embargo, figuras como Bartolomé de las Casas, conocido por su postura crítica hacia la empresa europea y sus métodos para conquistar y colonizar, inspiran a la figura de fray Dionisio, que se convierte en un facilitador para el lector de la importancia del pasado aborigen. El fraile, cuestionado en el relato acerca de la naturaleza del conflicto entre conquistadores y pueblos indígenas, responde: “es la iniciación de una lucha que no ha terminado aún, que no puede terminar” (1987: 36). Es una respuesta aparentemente enigmática, que alude al desconocimiento y negación del presente a “contar las historias no contadas” sobre nuestro pasado indígena como patrimonio histórico y cultural. La ratificación de esa herencia y su valor es y sigue siendo una lucha, que “no puede terminar” mientras la historia oficial siga aferrándose a los modelos del relato político y militar.

El relato de Núñez en *Cubagua* plantea la isla como un espejo que refleja en el presente las acciones de los verdaderos actores del pasado. Sirve de referencia a los problemas del mundo que experimentó el autor, usando las acciones que tuvieron lugar en Cubagua y Nueva Cádiz a comienzos del siglo XVI: la explotación de perlas de entonces y los efectos de la economía petrolera de la primera mitad del siglo XX, la distinción entre la historia de los pueblos ancestrales y la ratificada por la academia, representada en el relato por otro personaje: Tiberio Mendoza, historiador titulado, expresión de la nocividad de la reconstrucción histórica modélica que sigue los parámetros establecidos para la justificación de la historia clásica, que no ahonda en las acciones sociales, económicas y culturales de aquellos que sólo son referenciados como minorías.

Parte de la innovación que supone el relato de Enrique Bernardo Núñez como representación del pasado cubaguense, y como reflexión acerca de la manera de interpretar el transcurrir de la historia, es el reto a

la discontinuidad, a utilizar las periodizaciones históricas, herramientas para la asimilación de los extensos períodos temporales del pasado, como justificación para crear una "historia" de actores europeos, de filosofía económica moderna, de explotación de recursos naturales y humanos para la alimentación de un capital, opuesta o distinta de una "prehistoria" indígena, arcaica, anterior a la "civilización". Esta visión es la que entorpece nuestra percepción del patrimonio, que privilegia la apreciación de los muros derruidos de Nueva Cádiz como legado histórico, y los concheros de Cubagua como ejercicios de campo para la arqueología. En lugar de distinguir Nueva Cádiz, el campamento que se convirtió en villa y que en 1528 se erigió como la primera ciudad de Venezuela, como "histórica". de Cubagua, asiento de yacimientos arqueológicos que evidencian la acción y vivencias de los pueblos aborígenes durante el segundo milenio a.C., como "prehistórico". deberíamos apreciar la continuidad que las dataciones nos ofrecen para trazar una línea de ocupación humana que continúa hasta el presente. En términos arqueológicos, históricos, culturales y geológicos, Cubagua es una pieza clave para comprender los procesos de poblamiento temprano que motivaron los desplazamientos desde el territorio continental y hacia todo el arco antillano, y viceversa, para lo cual contamos con numerosas evidencias materiales obtenidas por arqueólogos de toda Latinoamérica. Además, Cubagua es un enclave de relevancia no sólo para Venezuela, sino para la construcción de la historia de las naciones de todo el sur del continente. Fue un espacio que sirvió como ensayo para el establecimiento de nuevas ciudades tierra adentro, y que advirtió a los españoles que la explotación desmedida que acabó con las reservas periféricas de Cubagua no podía ser la estrategia principal de aprovechamiento de los recursos del Nuevo Mundo. Fue la misma decepción que se llevaron al intentar encontrar las ciudades cubiertas de oro y las minas infinitas ocultas en lugares recónditos de la selva amazónica que nunca se materializaron. De esta manera, como emplazamiento pionero, Cubagua representa el primer paso de la exploración y conquista de las demás naciones latinoamericanas.

Cubagua representa para la arqueología venezolana un lugar para retar las dicotomías que segmentan nuestra historia, enaltecendo algunos pasajes y ocultando otros a la vista de nuestro pueblo. Nuestra arqueología debe servir para contar las historias que no se guardaron en archivos nacionales, que no descansan en los pliegos de la documentación colonial, que no ocupan las estancias más expuestas en los museos y que no se cuentan

en los libros que relatan las intrigas políticas y los enfrentamientos militares que la República libró por su independencia. Además de la de los héroes y los próceres, otros también derramaron su sangre para fraguar a la Venezuela del siglo XXI, formando un legado que se mantiene a la espera de la valoración y el reconocimiento del que es digno por derecho propio. Esto es parte del proceso que debe desprenderse de la revisión de nuestra historia oficial, que nos recuerda que las líneas de actores y eventos que tuvieron lugar en los siglos y milenios anteriores de vida y cultura venezolana son mucho más diversas, ricas, complejas y fascinantes de lo que solemos creer.

Carlos Suárez

Fuentes consultadas

- Cruxent, J. M. (1972) *Algunas noticias sobre Nueva Cádiz (Isla de Cubagua) Venezuela*. VI Conferencia Geológica del Caribe. Margarita, Venezuela. pp.33-35.
- Cruxent, J. M. y Rouse, I. (1982). *Arqueología cronológica de Venezuela*. Ernesto Armitano Editor. Caracas.
- De Booy, T. (1916). *Notes on the Archaeology of Margarita Island, Venezuela*. Contributions From The Museum of the American Indian, Heye Foundation. New York.
- Gilchrist, R. (2005). "Introduction: scales and voices in world historical archaeology". En: *World Archaeology*. Vol. 37 (3) 329-336.
- Goggin, J. (1968). *Spanish Majolica in the New World: Types of the Sixteenth to Eighteenth Centuries*. New Haven. Yale University Press.
- Hernández de Lara, O. (2010). *De esclavos e inmigrantes. Arqueología histórica en una plantación cafetalera cubana*. Centro de Estudios Precolombinos.
- Jhonson, M. (1996). *An archaeology of capitalism*. John Wiley and Sons.
- (1999). "Historical, archaeology, capitalism". En: Leone, M. y Potter, P. (ed.) *Historical archaeologies of capitalism*. Kluwer academic/ Plenum publishers.
- Leone, M. (1999). "Ceramics from Annapolis, Maryland: a measure of time routines and work disciplines". En: Leone, M. y Potter, P. (ed.) *Historical archaeologies of capitalism*. 195-215.
- Navarrete, R. (2007). *La arqueología social latinoamericana: una meta, múltiples perspectivas*. Colección Cuadernos Codex. Universidad Central de Venezuela. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. Coordinación de Extensión. Caracas.

- Núñez, E. (1987). *Novelas y ensayos*. Caracas. Editorial Biblioteca Ayacucho.
- Orser, C. (1999). "Negotiating Our Familiar Pasts". En: Tarlow, S. y West, S. (ed.) *The Familiar Past? Archaeologies of Later Historical Britain*. Londres. Routledge. 273-285.
- Roberts, D. (1999). "A conversation with John L. Cotter ". En: *Historical Archaeology*. Vol. 33 (2) 6-50.
- Sanoja, M. y Vargas, I. (1995). *Gente de la canoa: economía política de la antigua sociedad apropiadora del noreste de Venezuela*. Fondo Editorial Tropykos. Comisión de Estudios de Postgrado. Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- (1999). *Orígenes de Venezuela: regiones geohistóricas aborígenes hasta 1500 d.C.* Fundación V Centenario. Caracas.
- (2005). *Las edades de Guayana: arqueología de una quimera. Santo Tomé y las misiones capuchinas catalanas, 1595-1817*. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas.
- Walker, I. (1967). "Historic archaeology methods and principles". En: *Historical Archaeology*. Vol. 1, 23-34.
- Wilkie, L. (2005). "Inessential archaeologies: problems of exclusion in americanist archaeological thought ". En: *World Archaeology*. Vol. 37 (3) 337-351.

Otras fuentes

Constitution of the Society for Historical Archaeology. 1968: 131-134.